

LA VERDAD DEL CASO DE ISCARIOTE

Su sombra, curvándose en el terreno desigual, se alargaba detrás de él, y en la quietud soporífera de la tarde sólo se oían los murmullos vagamente dísonos de la ciudad y las ráfagas caliginosas que luego de agitar los vergeles y los gallardos sicomoros erguidos á las márgenes de Cedrón, venían á estremecer el desbordamiento gris de su barba y á turbar sus meditaciones. Aquellas tibias ráfagas henchidas de aromas le recordaban los alientos capitosos de Marta y de María la de Magdal.

Había salido de Jerusalén después de la colación de mediodía, por la puerta de Efraim, ansioso de expandir en la soledad la turbulencia de sus ideas. Y marchaba con lentos pasos, abatida la cabeza, que sólo de tiempo en tiempo alzaba para mirar á su diestra la mole del monte Oliveto y la verde extensión del valle, donde, sobre el reposado ondular, las anémonas y los lirios abríanse como un florecimiento de purezas.

Su pensamiento, saltando los sucesos cercanos, iba hasta la bienhadada hora en que la luz, entrando en su espíritu, antes todo tinieblas, había hecho abandonar el regalo familiar en su aldea de Karioth, para seguir al sublime maestro. Andaba, andaba, olvidando con sus meditaciones las fatigas de su cuerpo. Y sus pensamientos eran una bendición para los ojos de su materia que habían visto los prodigios de leprosanados y de muertos alzados con vida de sus tumbas, y era un epinicio para los ojos de su alma, que habían logrado conocer en el nazareno enfermizo, de laberíntico platicar y de carácter extraño que iba desde la mansedumbre máxima hasta las iracundas violencias, al hijo de Aquel que en el Cielo todo lo creó y todo desde allí lo rige. Andaba, andaba, y cuando sus pies descalzos se hundían en las pequeñas abras del camino, la túnica, estremeciéndose, acusaba su musculatura viril, y en la bolsa cantaban argentinamente los siclos, oblaciones hechas á la divina compañía por las caritativas mujeres.

Al fin sentóse á reposar, y mientras miraba lejos de él, hacia la puerta de los Rébanos, un fariseo que lanzaba con su honda guijarros á un águila, mientras ésta describía rápidas espirales imperfectas en torno del cadáver de una alimaña, un anciano, cuya llegada no advirtiera,

sentóse en un peñasco próximo y le saludó con la palabra *Paz*.

—Sea la paz contigo, hermano.

Y hablaron. El anciano habló al apóstol, con segura voz impregnada de sabiduría, de todas las ciencias, de todas las artes, de todas las filosofías, afirmándole conocer otras lenguas que él, sólo sabedor de la aramea, no sospechaba que existiesen. Y en tanto que de los labios desconocidos fluía la plática, el tesorero divino se preguntaba si no sería la conversión de aquel hombre, de figura majestuosa y de talento profundo como el Tiberiades y caudaloso como el Hinnon, el mejor tesoro que pudiera ofrendarle al maestro.

—¿Eres escriba?... ¿No?... Entonces descarrías —como el rebaño que, desoyendo las voces del pastor que le muestra la buena senda con su lanza, se precipita en los barrancos— las luces que te dió el Padre del que es mi maestro, siguiendo las idólatras falsedades de los Nicolaitas, de los Gnósticos, de los Simoníacos.

El viejo movía negativamente la cabeza. Y el santo no veía en sus ojos un sulfúreo brillo, ni en su frente, bajo los largos cabellos nazarenos, la insinuación de dos protuberancias córneas, ni veía en la tierra que hollaban sus pies las marcas bisulcas de unos cascos de macho cabrío.

—Mi religión te es desconocida. ¿Crees que el mundo está entre tu aldea y el mar Muerto y entre el monte del Mal Consejo y el mar de Mármara? El mundo es inmenso y hay en él muchos hombres y muchos dioses.

—No hay más Dios que uno: el Galileo es su hijo y debes creer en él. Ha ordenado á las aguas, ha multiplicado los alimentos y ha vuelto la vida á los cuerpos ya pútridos.

—Tu Dios es la debilidad. Si es fuerte y todopoderoso, ¿por qué no aniquiló á los escribas y á los saduceos que se burlaron de él cuando les dijo en el pórtico del templo que era el hijo de Dios? ¿Por qué no convierte á los judíos que le llaman impostor y se niegan á reconocerle por el Mesías?

—Porque nuestra religión no ama el rigor, sino la fraternidad. Pero oyéndole, muchos han visto la luz y han besado sus pies y le han llamado por su nombre: Hijo del verdadero Dios.

—Sólo ha convertido á débiles y mujeres. Y él, que reverencia á su Padre, ha obligado á otros hijos á que abandonen hermanos y deudos para seguirle. Pudiendo hacer el mundo perfecto, ha hecho que los animales para vivir se tengan que devorar los unos á los otros. Ama la adulación y se deja unguir los pies con perfumes, permitien-

do que Juan y Jacobo murmuren de ti, porque propusiste la venta de ese sándalo para repartir á los menesterosos el producto... En vuestra peregrinación nada habéis hecho de divino. Esos milagros son *naturales*, y llegará el día en que sean comprensibles para todos los hombres. Los convertidos por vuestras predicaciones son pobres de espíritu, y por cada varón que habéis arrancado á Tyro y á Sidón y á Samaria, han olvidado el culto de sus hogares muchas mujeres para quienes la divinidad de tu maestro sólo está en la barba rizada, en la elocuencia de sus frases, en los amplios ademanes imperativos y en el fuego de su mirada que habla de otros fuegos concupiscentes.

—¡Herejía, herejía!

Y mientras en la quietud vespéral temblaban los acentos demoledores, Judas meditaba cómo aquel viejo sabía las calumnias de que era víctima por parte de Jacobo y de Juan. Insinuó el desconocido:

—Y si es ciertamente el Salvador, las Escrituras no podrán cumplirse: Santiago, Juan, Felipe, Mateo y Andrés han tenido tentaciones y se han negado á vender al Galileo. Hasta ahora, vuestra religión es sólo de vanidad y de triunfo. Falta la profetizada acción de mansedumbre; falta que el Galileo, que ya ha demostrado ser un gran

hombre, muestre á sus enemigos y á su propio rebaño que es Dios.

—¡Es Dios! Es el hijo de Dios, y con el Santo Espíritu es uno solo. No hay más Dios que él y siendo tres es uno y siendo uno domina todo el Universo.

Y encendida en el fuego de la fe su mirada húmeda, el buen Judas narró cómo con la sola virtud de su palabra había el hijo de María alzado de la tumba á Lázaro y al unigénito de Jairo. Y sin amedrentarse por la sonrisa fosforescente y gentilica del viejo, refirióle una á una las sorprendentes parábolas del convite de los judíos, de la perla, del Samaritano y la del trigo y la cizaña. Y aun, sin hacer caso del incrédulo musitar, le dijo cómo siendo un niño había triunfado con su sapiencia de la de los doctores y cómo en la puerta del templo había respondido á la salutación de un mendigo tullido con estas milagrosas palabras: «No tengo oro ni plata, pero te doy lo que poseo: levántate, que ya estás sano».

Pero el viejo seguía murmurando:

—El mundo se quedará sin redimir, porque los discípulos del Galileo son egoístas: Oseas, Jonás, Amós, Ezechiél y Elías habrán mentido, y los hombres no serán redimidos por el que se llama redentor.

De la ciudad, pasando por Gethsemaní, partía una caravana. En la penumbra vespertina, la larga fila de camellos, graves y deformes, aparecía velada por el polvo que alzaba el múltiple pisar. Y las ráfagas abrasadoras del desierto, que se refrescaban al besar los vergeles, acercaban las voces de los beduinos y el *ruf-ruf* de un pandero con el que uno de los viandantes distraía la marcha.

Obseso por la tenaz afirmación del desconocido, aseguró Judas:

—El mundo será redimido. Los profetas no quedarán como impostores. Jesús de Nazareth, el hijo de Dios, morirá por todos los hombres que han sido y por los que han de ser y por los que son.

Entonces el viejo, arrodillándose súbitamente, besó los pies del apóstol. Lágrimas de júbilo ponían, como las noches serenas en los campos, gotas transparentes en la ola de su barba gris. (Judas no veía sus negras alas, ni sus patas de caprípedo, ni sus córneos abultamientos.) Y su voz era tremolada por los sollozos cuando dijo:

—¡Oh, tú eres el único generoso y bueno, Judas! Dios te coloca á su diestra porque tú vas á ser instrumento para que la redención se realice... Tú has desoído la voz del orgullo que te aconsejaba anteponer el prestigio de tu nombre

á la salvación de la humanidad... Tú venderás al maestro para que no muera como simple criatura, sino como Dios. Y por que no sean imposturas los vaticinios y por que la voluntad de Dios, el que es padre de tu maestro, se cumpla, te expondrás á que la multitud ignara te moteje de infiel... Sí, yo me convierto á la religión única. La luz ha entrado en mi espíritu al igual de una espada que hiera. Tu acción sublime me hace reconocer á Dios. Le venderás y será el precio de tu acción noble lo que compre la redención del mundo. ¿Qué sería de los hombres sin tí? Sólo tu espíritu abnegado los salva. Eres el discípulo único; el espíritu clarividente sabedor de que preservando de la muerte al cuerpo de Jesús expones á morir á su divinidad. Al venderle, cumples la voluntad del Padre, llevas á término los designios de la vida humana del Hijo y eres brazo del Espíritu Santo que inspiró á los profetas. ¡Oh Judas! Tú eres el redentor... Ve á ver á los príncipes de los judíos, pero dame antes á besar la diestra que ha de sellar el pacto. ¡Oh discípulo noble que no sabes de egoísmo! ¡Oh amado de Dios!

Y entonces fué cuando el buen Judas tendió al anciano, que en la obscuridad sonreía, la mano calumniada y heroica que había de recibir los treinta denarios.

EL PECADO ORIGINAL

—
NOVELA